

David Ojeda: entre el oficio de las letras y la creación de futuro

Carlos Ríos Martínez

Para contextualizar un poco mi texto, permítaseme regresar en el tiempo hasta la década de los ochenta del siglo pasado. En aquel entonces, la actividad cultural en nuestra ciudad de Zacatecas — Capital Mundial de la Cultura 2021 — estaba estrechamente ligada a lo que ocurría en la ahora Benemérita Universidad Autónoma de Zacatecas. La Universidad venía del profundo conflicto de 1977, que llegó a cimbrar a la sociedad zacatecana. Luego de su solución, las posiciones progresistas de izquierda predominaron y comenzaron a buscar su propio desarrollo e identidad en torno, siempre, del desarrollo de la Universidad.

Sin embargo, se dio una polarización en las izquierdas universitarias a partir de la definición de su participación (o no) en los procesos electorales del país, lo cual se tradujo en una lucha de facciones, como diría López Velarde: una lucha entre católicos de Pedro el Ermitaño y jacobinos de una época terciaria, aunque el odio que se dispensaban las facciones universitarias no eran siempre con buena fe y no siempre era odio.

La Universidad no fue ajena a la polarización que se manifestó en la formulación y conducción del proceso universitario. Para atemperar dicha situación, a finales de los ochenta se produjo un foro de reforma en el que se intentó darle rumbo y sentido a este proyecto. En el foro se trató de generar una nueva concepción de convivencia universitaria, desde lo académico hasta lo político, pero se arrastraban lastres: la burocracia, la consigna y la militancia partidaria, que dificultaron la creación de espacios de reflexión y autocrítica, pero no lo impidieron.

De lo profundo de la militancia y la consigna surgieron expresiones cuyo discurso apuntaba hacia la separación del proyecto institucional de la organización política (por ejemplo, el Colectivo Mano Negra) o que parodiaban a grandes autores (Semanas de Odio inspiradas en George Orwell, en la entonces Escuela de Ciencias Químicas) para evidenciar y contraponerse a la hegemonía de la militancia partidaria o de grupo en la conducción de la vida universitaria.

Por otro lado, desde la finalización del conflicto del 77, se emprendió un esfuerzo necesario, conveniente y consistente en promover la profesionalización de los docentes a través de un programa de formación de profesores; en los ochenta comenzaron a reincorporarse aquellos enviados a realizar especialidades y posgrados; paralelamente, llegaron a la institución docentes pro-

venientes de otras universidades. Esta conjunción permitió la apertura de nuevos espacios académicos.

Uno de los profesores que llegaron en esa época fue precisamente David Ojeda. Se incorporó, entiendo, como profesor de Literatura en la Escuela Preparatoria y tuvo alguna relación, que al parecer no tuvo profundidad y quedó por demás rota, con la Dirección de Investigación. No obstante, y a pesar de su desencuentro con la burocracia universitaria, Ojeda tuvo valiosas aportaciones, entre las que destacan su participación en la creación de la Maestría en Filosofía e Historia de las Ideas y la coordinación de un taller literario donde muchos futuros escritores, ensayistas y poetas empezaban a tomar su rumbo. Fue así que el maestro potosino sembró el oficio de las letras en Zacatecas. Algunos de aquellos «futuros» escritores, junto con sus amigos ahora transformados en los Testigos de Madigan, lo recuerdan ahora gracias a su calidad humana y su labor literaria.

Para dar cuenta de ello, me permito citar la presentación que la Editorial Universitaria de la Universidad Autónoma de Nuevo León hace en la reedición de 2018 de su libro de cuentos *Las condiciones de la guerra*.

En narraciones breves, unas aparentemente ingenuas y directas, otras de alto vuelo imaginativo, *Las condiciones de la guerra*, de David Ojeda, explora diversos aspectos en que la sociedad capitalista contemporánea, deshumanizada y hostil, desnuda su garra opresora. Con implacable mirada crítica, Ojeda revela al lector, tanto los horrores de la acción política programada por una máquina, y los efectos de la llamada «tortura limpia» aplicada por graduados universitarios —especialmente entrenados en tales métodos—, como el espantajo de la propaganda anticomunista vista a través de los ojos de un niño. Asimismo, pone de manifiesto el desarraigo de algunos latinoamericanos que se enamoran del *american*

way of life sin reparar en la explotación y la discriminación de que están siendo víctimas. El cuentista mexicano desarrolla sus narraciones con una escritura moderna y ágil, accesible a cualquier lector, y las integra en una estructura novedosa que invita a una lectura participante y activa.

Hasta aquí, todo bien. Pero ¿cuáles fueron las motivaciones literarias de David Ojeda para emprender su periplo por las diferentes facetas del oficio de las letras y para dejar tras de sí una escuela sólida de nuevos escritores? La respuesta automática y fácil es la vocación, pero esta vocación por sí sola no es suficiente, creo yo. Se necesita además el convencimiento y la toma de conciencia que solo el trabajo y la disciplina, los mejores acompañantes del talento, pueden dar. Aunado a ello, otro factor importante: reconocerse deudor de las grandes voces y tradiciones que abundan tanto en la literatura universal como en la regional, según lo plasma en *Entre sierpes y lagartos*, de 2005.

Como seguramente han descubierto ya, no está en mi repertorio el análisis literario y por esto no intentaré ahondar en la obra del maestro Ojeda, pero como un ejercicio de realidad alternativa, sin entrar en las multidimensiones esquizoides de Philip K. Dick, ni en los planos concurrentes de Lawrence Durrell, me permitiré plantear ¿cómo hubiera relatado alguna de las tantas situaciones de surrealismo uazteco que ocurrieron en aquella ya lejana época de los ochenta, cuando llegó por primera vez a esta ciudad? Entiendo que «el hubiera» no existe, pero ya despertada nuestra curiosidad, preguntémosnos: ¿cómo lo hubiera hecho?

Para este efecto, seleccioné el siguiente episodio: se requiere, para cumplir con una exigencia de la SEP, modificar el mecanismo de promoción en el tabulador salarial del personal académico, mediante la aprobación del llamado Estatuto del Personal Académico. Dicho cambio, promovido desde la Rectoría, debe ser avalado por el sindicato, en donde se vive la

polarización de las militancias antes descrita. Bajo este panorama, se llama a la asamblea sindical, misma que se instala con el quórum necesario. Después de una álgida discusión, donde Tirios y Troyanos se desgañitaron en argumentaciones de los pros y contras del mencionado Estatuto, se procede a la votación. En este punto, el secretario general, que conduce mañosamente la asamblea, advierte que podría perder la votación y, por tanto, no conseguir el demandado aval para el nuevo mecanismo, lo cual pondría en entredicho su futuro político, dado que el académico no le era muy importante. Y de repente, a modo de Les Luthiers, un oscurecimiento. El auditorio en donde se lleva a cabo la asamblea queda en penumbras y entonces la votación tiene que realizarse fuera del auditorio, a la luz de las lámparas del alumbrado nocturno y, como era de esperarse, el nuevo estatuto queda aprobado.

Quizás este incidente, como muchos otros de los que ocurrieron en aquel entonces, o los que actualmente están sucediendo en nuestra *alma mater*, no sea por sí mismo merecedor del honor de ser objeto de una reconstrucción literaria. Quizás la ficción literaria es justo lo que se necesita para explorar esas *condiciones de la guerra*, que la maquinaria de David Ojeda supo reconocer y plasmar en su producción literaria, para que trasciendan el terreno de lo anecdótico hacia la reverberación de la conciencia. Por ello me pregunto, como reconstructor de la realidad o creador de ficciones, ¿de qué tonalidad serían las pinceladas con las que el maestro Ojeda retomaría este episodio? ¿Haría una narración aparentemente ingenua para introducir una crítica a las militancias con su implacable mirada? Seguramente haría un recuento pormenorizado de las circunstancias en el que prodigaría el oficio de las letras, aunque el resultado concreto de este ejercicio se los dejo a ustedes, Testigos de Madigan, testigos de nuestra historia universitaria y escritores de su inminente futuro. Mientras tanto, a mí me queda la seguridad de que el oficio ejercido por David Ojeda celebra hoy un legado que seguirá dando frutos. Tengo la fortuna que esta mirada desde afuera sea uno de ellos.

10 de octubre de 2019